

# Wā'āi Būudebena bedearuu

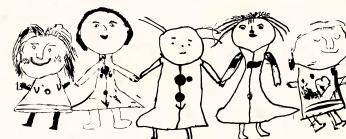
(N O M B R A R L A A U S E N C I A )



Lauren Guerrero y Jeimi Villamizar



Wä'äi Buudebena bedearuu  
(NOMBRAR LA AUSENCIA)



Lauren Guerrero y Jeimi Villamizar

© Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Santiago Trujillo Escobar  
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Ana María Boada Ayala  
Subsecretaría de Gobernanza

Juan Diego Jaramillo Morales  
Director de Fomento

Voces Francas  
Producción Ejecutiva

Textos  
Lauren Guerrero

Traducción  
Corporación Oshun

Fotografías  
Jeimi Villamizar

Dibujos  
Mujeres Emberá asistentes a los talleres

Coordinación de Talleres  
Luisa Viatela y Francisca Romero

Corrección de estilo  
María Fitzgerald

Diseño y diagramación  
Melissa Ortiz Murcia





# GRACIAS

**A cada una de las mujeres emberá katío que participaron durante estos tres meses en los espacios de diálogo y escucha. Gracias por compartir sus historias y por permitirnos acercarnos a su mirada del mundo. Cada una de sus voces fue esencial para la construcción de este proyecto.**

**A Claudia Queragama y Sebastiana Pepe, por su liderazgo, su ejemplo y su incansable lucha contra la ablación en Colombia. Que sus voces sigan resonando con fuerza en cada territorio, y que la sabiduría, la resistencia y la dignidad que las acompañan continúen inspirando a muchas más mujeres.**

**A Francisca Romero y Luisa Viatela, por su compromiso, conocimientos y entrega en los talleres de sensibilización. Gracias por su tiempo, su calidez y su apoyo generoso en cada uno de los espacios compartidos.**

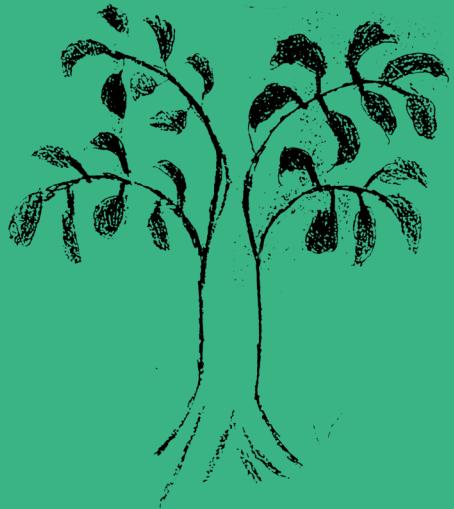
**A Nicol Torres, por su acompañamiento en el registro visual y fotográfico, que nos permitió documentar cada momento del proceso con respeto y sensibilidad.**

**A María Fitzgerald, por su acompañamiento editorial, fundamental para que este texto se construyera desde el respeto y la escucha.**

**A Melissa Ortiz Murcia, por convertir en realidad nuestras ideas a través de un diseño que supo capturar cada emoción y deseo de este proyecto.**

**A nuestras madres, parejas, amigas y demás personas que, durante meses, nos escucharon y fueron sostén en los días más difíciles del proyecto.**

**Y, por último, a cada una de las niñas y mujeres indígenas emberá de Colombia: que puedan siempre vivir una vida libre, lejos de toda forma de violencia, y cerca del reconocimiento pleno de su dignidad.**



Introducción

ERDAUBURUU

**Las siguientes páginas explorarán relatos de mujeres indígenas emberá katío que narran sus experiencias con la ablación o Mutilación Genital Femenina (MGF). Por ello, solicitamos discreción y respeto por parte de quienes las leerán: hay escenas que, aunque dolorosas, son necesarias para comprender y erradicar esta práctica en Colombia.**

**A lo largo de los tres meses que duró este proyecto reafirmamos nuestra convicción de apoyar las iniciativas que promueven el diálogo intercultural, la sensibilización, la capacitación y el trabajo directo con las mujeres de las comunidades donde se realiza esta práctica. Creemos que solo a través de la construcción de una agenda conjunta será posible avanzar hacia el objetivo común: que ninguna niña vuelva a ser sometida a la ablación.**

Chi karta kaade urubudau ēbēra wērarā katia ūrūbena jara duanua, āchia kuitaa jara duanua dachi kakuadебена тōobadau kuenda. Mau kaurea kachirua jaradawēa, respeto āriā idī panua chi leabudaurāmaa: jāma aria, chi pua āriā boobarii kuenda jarabudaa. Makamina, nau kuitaadayaа nama Colombiade chi jāu ase duanabarii ida bubidayaа.

Chi karta kaade urubudau ēbēra wērarā katia ūrūbena jara duanua, āchia kuitaa jara duanua dachi kakuadебена тōobadau kuenda. Mau kaurea kachirua jaradawēa, respeto āriā idī panua chi leabudaurāmaa: jāma aria, chi pua āriā boobarii kuenda jarabudaa. Makamina, nau kuitaadayaа nama Colombiade chi jāu ase duanabarii ida bubidayaа.

Chi tres mes nau proyecto asesidaude, daiba kawasidau āriā apoyadai chi nau kuenda jaradayaа āchi cultura diwara nureerā ome, kauwa kuitaa kūrisiabidayaа, jaradedekadayaа, maude chi wērarā chi drua aria asebadau ome bedeadayaа. Daiba kūrisia panuurā jomaurā ome bedeaduuba ābuarāuba wērakaucheke kakua tōodai kuenda idaarabidaabai ūua.



**Nos alejamos por completo de los enfoques basados en la señalización o el castigo punitivo, que solo generan desconfianza en las comunidades y derivan en que la práctica continúe realizándose en escenarios aún más ocultos.**

Chi kastiko deadai buu kuenda bedeadawēma, nauba chi ēbērarā druadebenarā aba nauđebenatu bedeabidaamaa panua maude nau waaburu merabia ase duaneedayaa.

**El trabajo de lideresas como Sebastiana Pepe y Claudia Queragama es fundamental para construir espacios donde las mujeres conozcan cada día más sus derechos. La ablación es solo una de las múltiples formas de violencia que enfrentan las niñas y mujeres indígenas. Ellas, como lideresas y defensoras, han trazado un camino para erradicar toda forma de violencia de sus territorios.**

**Decidimos construir este relato a partir de las voces de cinco mujeres emberá que actualmente viven en la Unidad de Protección Integral (UPI) La Florida, ubicada en la salida oriental de Bogotá. Durante estos meses compartimos con ellas, conversamos y las conocimos.**

Chi lideresa trajo Sebastiana Pepe maude Claudia Queragamaade aride bua, naarāba chi wērarāmaa ãriä jaradedeka panua ãchi derecho kuenda. Chi kakua tōoruuba kachirua ase bua chi wērakauchekerä maude ëbëra wērarämaa. Naarä lider badapeda karebabadaurä bérä, yatadeeda traja duanua waaburu ne kachirua ãchi druadabenarä asebidaamaaba.

Wēraräba juasoma duanuuba jarabudaa kääre saka pasasii kuenda. ãchi naude Unidad de Protección Integral (UPI) La Floridaade duanabarii, mau Bogotá salida orienteare bee buu. Naarä mesde ãchi ome bedeadapeda ara ãbua panasma.

**Una de las conclusiones más contundentes que nos llevamos es que, cuando existen espacios de diálogo e información clara, ninguna mujer avala la práctica por decisión propia. Reconocen que la falta de información limita su posibilidad para tomar una postura crítica. En este sentido, el Estado tiene la obligación de llenar este vacío y así garantizar una vida libre de violencias para todas las niñas y mujeres del país, incluyendo aquellas que viven en territorios indígenas.**

**A lo largo del libro navegarán con la voz propia de las mujeres. Son sus testimonios directos, sin alteraciones. Hemos decidido conservar sus citas textuales tal como hablan el español y quienes lo hacen y ofrecer una traducción fiel en los casos en que hablaron en su lengua. Buscamos que quien lea este texto se conecte con la esencia de cada una de ellas y pueda situarse en su contexto. Por eso, cada apartado lleva por título una de sus frases.**

Naarä wērarä ome bi'aburu bedeabudau, daiba kawasidau, ãchi kūriadeeba nau ase duanuu asedaamaa panasia. Jäu kuenda ãchimaa bi'ia jaradewëedeeba mau kaurea ãchia poyaa bi'ia kūrisiadaabapeda naudebena waabenarämaa jaradaabasia. Chi Estadoba ëbërarämaa bi'ia kawabai baraa makaburu chi wērakaurächeke maude wērarä nau paisdebenarä ne kachiruwëa duaneedayaa, maude wērarä ëbërarä druade duanuu sida.

Chi wēraräba jarabudau ãchi du abauba kääre saka unubadau. ãchia jarasidau ara jari jarapedaada kíraburu kubua. Daiba ara jäka ãchia mida bedeade bedea duanuka kubusidau maude chi mida bedeade adua kirureerä, ara jäka ãchi bedeade kubusidau, mabekera, ãchi bedeadebena mida bedeadaa kubusidau. Daiba kuria panuu chi nau leaburuuba kauwa unudayaakäare saka pasa buu naarä wērämämaa maude ãchi druade bida.



# PRÓLOGO: NOTAS PREVIAS PARA QUIEN LEE

Sobre el puente de la calle 127, al norte de Bogotá, una mujer indígena emberá se sienta en el piso. Sostiene a un bebé pequeño en sus brazos. Intenta darle pecho ubicándolo en su regazo.

La tarde es fría, el viento helado roza las mejillas enrojeciendo por la baja temperatura, el sol se esconde en medio de las nubes grises del cielo, las personas cargan sacos gruesos y sombrillas, mientras que ella no tiene más que una pequeña ruana sobre las piernas, por la que al final se logran ver sus pies descalzos. Las plantas oscurecidas son evidencia del recorrido que ha hecho para llegar hasta el lugar.

Una tela improvisada a su lado le sirve para extender algunas artesanías. Con la mano izquierda sostiene un vaso de metal que golpea ligeramente contra el piso haciendo sonar las pocas monedas que tiene. Otro niño, un poco mayor, juega en el camino del puente; parecía ser su hijo porque lo llamaba en lengua Emberá, intentando que no se alejara mucho de ella.

*“En la ciudad es más difícil para las mujeres emberá”*

Señala Claudia

Queragama, una lideresa emberá katío de 27 años que desde hace seis años vive en Bogotá. La frase la comenta mientras nos dirigimos al centro de la ciudad junto a sus dos hijos y su madre, Sebastiana Pepe. Ambas vestían sus trajes típicos, portaban sus artesanías —que están lejos de ser solo “adornos”, pues para ellas representan una protección sagrada— y hablaban entre sí en lengua Emberá. El español lo usan únicamente para hablar conmigo.

En el centro comercial La Pajarera, donde compramos las chaquiras — como les dicen ellas a las mostacillas para las artesanías—, los niños de Claudia se sentaron en el piso a ver videos en el celular. Son una niña de cuatro años y un niño de siete. Un celador se nos acercó y nos pidió “recoger a los niños del piso”, pues estaban incomodando a los clientes. Claudia les habló en su lengua y los niños obedecieron, pero, como

cualesquiera otros niños cansados de las vueltas tediosas del centro, volvieron a sentarse en el piso. El celador se acercó de nuevo y, esta vez de forma más agresiva, pidió levantar a los niños: “Después les pasa algo y se quejan”, aseguró mientras seguía su camino.

Al lado de los niños había otros, quizás de su misma edad, en el piso. La diferencia es que eran mestizos. ¿La ciudad para quién? ¿Quién tiene el derecho a habitarla?

Algunos minutos más tarde en el almacén al que fuimos a comprar las telas para que las mujeres participaran en el proyecto, los vendedores soltaron risas poco disimuladas cuando vieron entrar a Claudia y Sebastiana. Sebastiana es una mujer con determinación, inspira confianza, sabiduría y liderazgo. Cuando llega a un lugar se hace notar, camina con firmeza y eleva su voz para que la escuchen, por eso supe que notó las risas, pero con la seguridad que le caracteriza les pidió mostrarle telas para “planchar”. Ninguno quiso atenderlos, solo lo hicieron cuandola jefa les llamó la atención. Mientras salía uno de los empleados, los demás

usaron las telas como vestidos a forma de parodia y simularon los bailes típicos de las mujeres emberá. Bailes que los ciudadanos solo hemos visto, por desgracia, como escena de mendicidad en alguna esquina de la ciudad.

*¿La ciudad para quién?*

No para ellas. A pesar de que han hecho su mejor esfuerzo para integrarse a la ciudad. A la fuerza aprendieron un idioma que no sienten como suyo, se mueven en el caótico transporte público, trabajan y estudian para aportar a su comunidad. Quizás por eso Sebastiana prefirió devolverse a su territorio, pese a que —en sus palabras— la violencia no ha cesado. Pero ha logrado vivir allí y ahora es la primera mujer gobernadora en la historia de su comunidad.

Claudia, por el contrario, desea seguir en la ciudad. Está estudiando en la Universidad de La Salle, trabaja y habita los espacios que cualquier joven de 27 años frecuenta. Pero nunca deja



su cultura: porta con orgullo sus vestidos y sus artesanías, e incluso se hizo un tatuaje que simboliza la jagua, la pintura tradicional indígena. Para ella, vivir acá y preservar su cultura no son situaciones contrarias.

*“En el territorio se aprende, pero acá en la ciudad también”*, aseguró.

No es un hecho menor, pues el liderazgo de Claudia la ha llevado a frecuentar lugares como el Congreso de la República, donde es una de las voces promotoras del proyecto de Ley “Niñas sin ablación”. Justamente, fue ahí donde nos conocimos. Aunque, según me contó, se topó de nuevo con el desprecio, esta vez de los congresistas: “Mientras debatíamos, una senadora nos dijo que eso solo lo hacían los animales, que los indígenas éramos animales”, contó mientras movía las manos en el aire y expresaba algunas palabras en lengua emberá. Al ver que no lograba comprender lo que decía, me repetía una y otra vez:

*“No somos animales”*•

“Yo llevo seis años acá en Bogotá, para mí no ha sido fácil porque el desconocimiento a la mujer es mucho, los líderes desconocen por ser mujer, o por estudiar o por trabajar. Por eso es mi meta, siempre sueño estudiar en la universidad y ser trabajadora social como pueblos mujeres emberá Katío. Y siento que en la Universidad acá en Bogotá estoy aprendiendo cosas que nunca aprendí”, asegura. Además de la posibilidad que le dio Bogotá de estudiar, Claudia cuenta que la ciudad la motiva a querer explorar un mundo, uno que hasta ahora desconoce. Desea viajar, hablar con personas de otros países sobre su cultura y aprender más sobre los derechos de las mujeres para enseñarles a su comunidad. Asegura que fue también en la ciudad donde aprendió que en su cuerpo había una ausencia que hasta ahora comenzaba a notar.



“YO NUNCA  
HICE UNA  
ABLACIÓN.  
ME DABA  
LÁSTIMA  
VER A LAS  
NIÑAS ASÍ”



Sebastiana cuenta los partos como quien cuenta las vidas que ha traído a la tierra. Mil veintitrés partos y ni una sola ablación. Empezó su profesión en 1990, cuando poco había escuchado sobre la mutilación, era una práctica sin nombre que se repetía a escondidas y en silencio, convirtiéndose en el paisaje de cada niña que nacía en su comunidad.

“Desde que yo comencé a trabajar, a mirar a las niñas cuando hacían práctica delante de mí, pues me daba lástima de la niña. Porque la niña lloraba, poposeaba... mejor dicho, es como que se privaba mientras se lo cortaban”, recuerda. Sebastiana habla con facilidad español y mientras lo hace mueve su cuerpo al recordar las escenas que ha visto durante más de 20 años como si en cada gesto intentara espantar las imágenes que aún guarda en su memoria.

Su carácter impone respeto. Cuando habla, las demás mujeres la escuchan en silencio: reconocen en ella la sabiduría que solo dejan los años. Aunque tiene una risa fuerte que se logra escuchar a

varios metros de distancia, también regaña a las mujeres cuando se les olvidan palabras en su lengua y la dicen en español, en un acto que ella considera un ataque a su cultura. Les pide recordar siempre de dónde vienen. El trasegar de los años a ella nunca la ha hecho olvidar sus raíces.

Pero su fortaleza no está solamente en su voz o carácter, sino en la capacidad de sentir compasión por el dolor ajeno. Decidió, firmemente, que el llanto que escucharía de las niñas sería únicamente cuando llegaran a la vida. Decidir no hacer la ablación fue, para Sebastiana, una forma de sanar una historia que no elegían las mujeres de su comunidad.

“En primer lugar, encontré con la cuchilla y con la tijera, en segundo lugar, ya después, escuché que muchas mujeres están aprendiendo hacer con clavos quemados. Vi una niña quemada con clavos y esa niña casi se muere. Y llevaron al hospital y ahí pudieron defender la vida de la niña”.

Antes de ser partera, recuerda escuchar que muchas niñas se morían, pero nadie daba una respuesta de por qué pasaba; “El papá, los familiares, todos preguntaban: ¿De qué se muere la niña?

Como anteriormente yo tampoco conocía, decían que de la enfermedad de Jai<sup>1</sup>. Ya después de los años uno va conociendo porque se morían, porque delante de mi persona yo desde que trabajé defendí<sup>2</sup> a tres niñas”.

Años atrás, cuando aún vivía en la comunidad, Sebastiana presenció la ablación de tres niñas que comenzaron a sangrar sin detenerse. En un acto valiente y recordando lo que había aprendido cuando estudió enfermería, las cargó y apretó con fuerza para detener el sangrado. Sin embargo, la situación se volvió aún más dolorosa, cuando una de las niñas que tuvo que salvar fue a su propia su hija.

“Después de mutilar, pues la trajeron donde yo estaba acostada. Entonces durante diez minutos se puso a llorar, entonces yo miré, estaba saliendo pura sangre, pura sangre... Yo le dije a mi mamá que fue a buscar hierbas y mientras yo hice, así como me enseñó el médico: presioné y sostenía ahí un rato, como una hora, hasta que pare la sangre”.

*1 La enfermedad de Jai en la cultura emberá hace referencia a una enfermedad tradicional, de ahí el nombre de jaibaná que son los médicos tradicionales.*

*2 Para este caso, la palabra defendí hace referencia a salvar.*

**Sebastiana agradece a sus conocimientos médicos que le permitieron salvarle la vida a sus hijas y a tres niñas más, pero reconoce que no siempre ese ha sido el desenlace. Explica que su hija, ahora con 25 años, aún vive con las consecuencias y Sebastiana en medio del amor de madre que no cesa, le realiza remedios caseros, la hace tomar plantas medicinales y la acompaña en sus molestias que persisten.**





“Después de eso pues la niña no estaba bien formada. Estaba como carita muy pálida, muy pálida. Hasta edad de los 12 años y después, a partir de los 12 años, la niña siempre presentaba muchas enfermedades, de infecciones vaginales y dolores menstruales. Después también ella se recae a cada ratico, se recae y me dice: mamá es que no me siento bien, me siento como cansancio, me siento como si tuviera algo en el cuerpo. Cuando la llevan al médico, cuando sacan sangre, no sale, está como si, mejor dicho, sin sangre. Eso -la ablación- lo hacían a escondidas, decían a la mamá que nosotros vamos a llevar a otra parte”.

**De acuerdo con el relato de Sebastiana y las demás mujeres, después de la ablación suelen curar las heridas con sal, agua y hierbas medicinales. Además, amarran las piernas de las niñas durante algunas semanas para evitar complicaciones.**

Su decisión dejó de ser una elección: ahora es su convicción más profunda. Dice que Dios le dio manos para traer vidas, no para quitarlas. Por eso, su fe y su humanidad se confunden cuando habla del dolor de las niñas. A las demás mujeres no las juzga, sabe que ninguna lo hace porque no quiera a sus hijas o deseé verlas sufrir, por el contrario, sienten que las protegen con tradiciones que se han transmitido de generación en generación con poco espacio para el cuestionamiento.

Hablar del tema siempre fue un riesgo para ella. Oponerse no fue solo un acto de resistencia: fue visto como rebeldía. Los hombres la señalaron, la culparon, la amenazaron e intentaron hacerla callar. Pero fue un objetivo vano; su voz cada día es más fuerte. Les cuestiona el creer que es una práctica “secreta” de la que las mujeres no pueden opinar, porque ha aprendido que los derechos de las niñas y las mujeres son un asunto público. Sobre todo, les reitera que la ablación no es cultura.

“YO PENSE  
QUE ERA  
NORMAL  
NACER  
ASÍ, SIN  
CLÍTORIS”



Claudia Queragama tenía 17 años cuando entendió que la cicatriz que la acompañaba en su zona genital no era normal. Había llegado a Bogotá hacia un par de años huyendo de la pobreza extrema de su territorio y, en una de sus conversaciones cotidianas, se enteró de la existencia del clítoris. Aunque lo había escuchado nombrar en su comunidad del Alto Andagueda bajo el nombre de Chisufita, jamás le habían explicado para qué servía e interiorizó que, así como ella, las mujeres nacían sin él. Gracias a su vocación de liderazgo, comenzó a frecuentar espacios donde le explicaban su cuerpo de mujer, uno que hasta el momento desconocía.

Fue así como un día le mostraron una foto de los genitales externos femeninos y le señalaron el clítoris.

*“Yo pregunté: ¿Y yo por qué no tengo eso? Y ahí me contestan: ‘Lo que pasa es que a tí te hicieron práctica’”*

expresa Claudia en español



“Yo comencé a preguntar qué era eso, qué es un clítoris, cuando me lo mostraron. A las niñas no nos explican, a las niñas no hablan de eso”. Claudia baja la voz cuando dice “clítoris”, mueve sus manos constantemente e intenta taparse el rostro con ellas, denotando nerviosismo. Nos confiesa que, para ella, aún es una palabra “dura”; siente pena y vergüenza. Le resulta difícil poder opinar sobre un cuerpo que apenas está conociendo.

“La práctica” de la que habla es la Mutilación Genital Femenina (MGF), más conocida en su comunidad como ablación o curación. La MGF comprende todos los procedimientos que implican la extirpación total o parcial de los genitales externos de la mujer por razones no médicas. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), existen cuatro tipos de mutilación. El tipo 1 fue el que le hicieron a Claudia y a la mayoría de las mujeres de su comunidad.

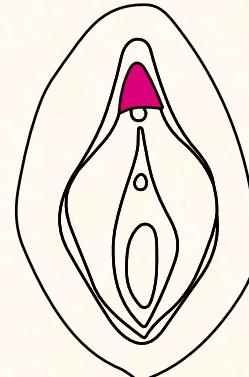
# Tipos de Mutilación Genital Femenina

Chi  
Wērakaucheke  
Kakua  
Tōobudau  
diwara bee

## Tipo I:

**Tipo I: Extirpación parcial o total del grande del clítoris (la parte externa y visible del clítoris, una zona sensible de los genitales femeninos, cuya función es proporcionar placer sexual a la mujer) y/o del prepucio/ capuchón del clítoris (el pliegue de piel que rodea el grande del clítoris)**

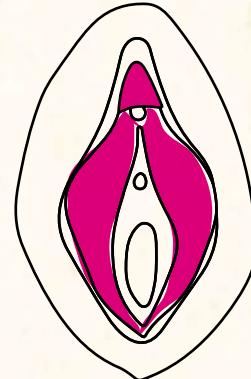
Chi joma maeburā  
ara ba'āra chi kē  
puntadebena tōbudau  
(kē punta nau chi  
wēra kakuadébenaba  
mukīra ome kāiburuude  
ichi bi'ia sentibarii)  
makawēeburā chi e kē  
puntadebena.



## Tipo II:

**Extirpación parcial o total del glande del clítoris y de los labios menores (pliegues internos de la vulva), con o sin extirpación de los labios mayores (pliegues externos de la piel de la vulva).**

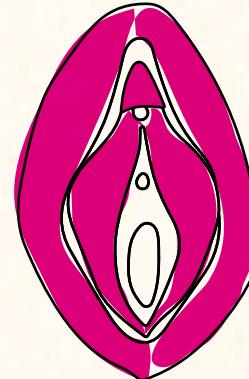
Chi joma maeburā  
ara ba'āra chi kē  
puntadēbena tōbudau  
maude chi kē i  
ūrubena, maude chi kē  
i awara kobeedēbena.



## Tipo III:

**(Conocida a menudo como infibulación). Estrechamiento de la abertura vaginal con la creación de un sello que la cubre. Este sello se forma cortando y reposicionando los labios menores o mayores. La cobertura de la abertura vaginal se realiza con o sin extirpación del prepucio/capuchón del clítoris y el glande (MGF Tipo I).**

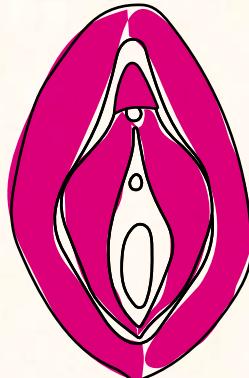
(Mau mida bedeade infibulación abadau). Nau ase kopanuu chi kē i ūrubena maeburā awarabena ãi waa kububidapeda chi kē pīchuabiya. Mau ase kopanuu chi kē puntadēbena makawēeburā chi e kē puntadēbena tōbudau (WKT Tipo 1).



## Tipo IV:

**Todos los demás procedimientos lesivos para los genitales femeninos con fines no médicos, por ejemplo, punción, perforación, incisión, raspado y cauterización.**

Joma chi kachirua  
ase kopanuu chi wéra  
kakuamaa chi doctorba  
jäu asébada aaduuwéede  
jari wéra kakua sudapeda,  
töodapeda, jáadapeda  
baabadau.



Aquel día, Claudia no pudo contener las dudas que la asaltaban y decidió acudir a su mamá, Sebastiana Pepe, una partera reconocida en su comunidad. Su madre le explicó que la "práctica" la realizan porque, supuestamente, si no la hacen, las niñas quedarán como "hombres". Fue muy enfática en decirle que ella, como partera, nunca ha hecho una ablación.

Las dudas se transforman en recuerdos que llegaron fugazmente a su mente. Se trasladó a su territorio algunos años atrás, cuando aún era una niña que mostraba poco interés en las conversaciones que escuchaba de su mamá sobre la ablación. Recordó, entonces, que vio a tres bebés recién nacidas a las que les quemaron el clítoris con un clavo caliente.

"Yo era muy niña y casi no le puse cuidado. Pero yo sí veía que morían mucho las niñas, pero los niños no. Y ahí fue cuando escuché de la práctica y me dijeron que eso se tenía que hacer porque si no la niña se vuelve 'arrecha'"

*“Yo siento que es un daño demasiado; no le podemos quitar un derecho a las niñas porque en el momento se puede morir por una hemorragia, por quemadura, porque ahí quedan cicatrices”.*

Por 17 años Claudia normalizó el dolor. Reconocer la ausencia en su propio cuerpo hizo que empezara a añorar lo que sus amigas de la ciudad llamaron "placer". Una ausencia que aún la marca, una cicatriz que no se va y un dolor que permanece. Pero decidió transformarlo en curiosidad y en una lucha para que las mujeres de su comunidad conozcan sus derechos, llevándola a espacios para denunciar esta práctica y exigir que se detenga.

3 Dentro de las comunidades existe el mito de que el clítoris puede crecer como un pene, lo que haría que las niñas se conviertan en hombres.

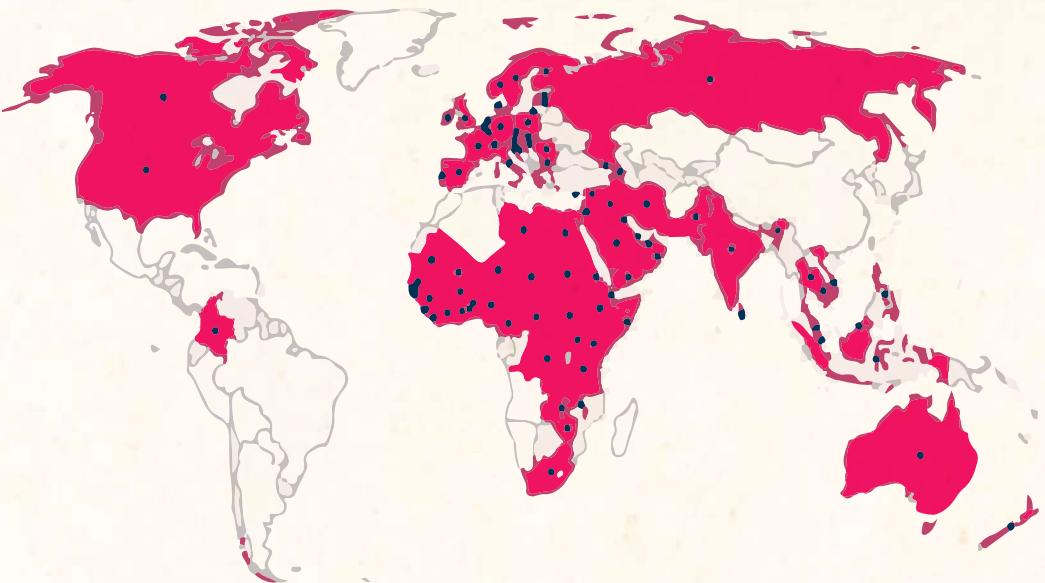
4 Otra creencia se relaciona con el hecho de que la mujer con clítoris tendrá más deseo sexual. Arrecha, es una palabra coloquial para describir a una persona, en este caso mujer, que tiene un amplio deseo sexual.

**Según cifras oficiales de UNICEF, la MGF afecta a más de 230 millones de niñas y mujeres en todo el mundo, un incremento del 15% con respecto a las últimas estadísticas disponibles. Es una grave vulneración a los derechos humanos de las niñas y las mujeres, profundamente arraigada a la desigualdad de género y a la discriminación.**

**Es una práctica que se encuentra presente en al menos 94 países del mundo, de los cuales solo 59 han abordado este tema en su marco jurídico. Es decir, el 37% no dispone o cuenta con medidas concretas sobre esta forma de violencia basada en género.**

UNICEFba jara kopanuudeeba, chi WKT ase kopanuu 230 millones wērakaurā maude wērarámaa nau iujā jomaudebenaade. Maabea chi nau 15% audre wāsia. Chi derecho ēbērarādebena wērakauchekerā maude wērará baita respetadawēa, nau ase kopanua kūrisiabadaudeeba mukīrarātu audre bi'ia nuree wērará kāñabara.

Nau ase kopanua 94 país nau iujādebenaade, 59 paisdebeburu ara nau kuenda jara panua chi naka ase kopanuu idaarabidaamaaba. Jaraiburā 37% de, norma wā'āema nau acababidai baita, chi wērarámaa kachirua ase kopanuudeeba.



**Colombia es el único país de América Latina y el Caribe que ha reconocido públicamente que se realiza en el territorio.**

America Latina maude Caribede bida, Colombiadeburu waabenarámaa jara panuu chi nau ase bara buu āchi druade ase panua.



“ES FEO COMO A  
VECES LOS HOMBRES  
NOS RECHAZAN  
VIENDO QUE LAS  
MUJERES TIENEN EL  
CLÍTORIS”

“Miadaa bua  
mukīraba  
dai ūrubena  
kachirua jara  
panuu kē  
punta bara  
nureedeeba”

“ME HACE  
FALTA LAS  
COSTUMBRES,  
LA COMIDA.  
A VECES ME  
PONGO TRISTE  
PORQUE ME  
HACE FALTA EL  
TERRITORIO”



Un joven emberá en bicicleta avanza por la vía destapada con un pequeño, que no pasa de los seis años, sentado sobre la barra del manubrio. El niño ríe y mueve sus piernas en un juego que probablemente solo él entiende. Detrás, algunas mujeres emberá caminan de la mano con niños pequeños, observando la diversión del pequeño en la cicla.

El carro en el que vamos levanta el polvo de una carretera que la lluvia convierte en una especie de trocha. Mientras el conductor se preocupa porque los huecos no dañen su vehículo, el joven los esquiva con agilidad, pedaleando descalzo y sosteniendo con firmeza al niño frente a él.

En bicicleta, el trayecto se acorta; pero no tienen la misma suerte quienes deben caminar más de treinta minutos por esa misma vía —sin andenes— para llegar a la carretera principal y tomar un transporte que los deje en el Portal 80, la estación de TransMilenio más cercana.



Vienen de la UPI La Florida, uno de los lugares dispuestos por la Alcaldía para refugiar a 380 indígenas emberá, chamí y katío. Allí vive Claudia Queragama con sus dos hijos. Todos llegaron huyendo de la violencia en sus territorios, de la pobreza y de la indiferencia del Estado, que durante años se ha negado a garantizarles una vida digna.

La UPI está ubicada en la vía a Funza, Cundinamarca, a la salida de Bogotá. Llegar hasta allí es una travesía que combina los peores males del tráfico capitalino. Casi no hay transporte público y la mayoría de los indígenas debe ingenierarse cómo salir para llegar a sus trabajos, estudios, citas médicas o, simplemente, para habitar la ciudad como cualquier ciudadano debería poder hacerlo.



Su ubicación no es un asunto menor: estando tan lejos de la ciudad, nadie se entera de lo que ocurre en su interior.

Adentro, las familias viven en espacios reducidos que han improvisado para hacerlos hogar. Quienes tienen mayores ingresos logran tener una cama o incluso un televisor; los demás deben conformarse con carpas, colchonetas en el suelo y algunas cobijas que les ayuden a soportar las noches frías.

Los niños y niñas juegan en cualquier rincón. Corren detrás de los muchos perros del lugar e inventan rodaderos con tejas de zinc por los que se deslizan riendo. No parece importarles la basura que los rodea, el agua empozada que deja un olor penetrante, ni algunas ratas que se mueven entre la maleza y el asfalto, a veces entrando a las casas de las familias, que con escobas o palos intentan cazarlas.

Cerca de ellos, las madres cocinan en fogones de leña mientras conversan, ríen y murmuran ante la presencia de extraños —sí, nosotras—. Los funcionarios del Distrito las regañan

por dejar que los niños jueguen en las tejas, advirtiendo que podrían hacerse daño. Ellas los reprenden en su lengua, pero apenas se van los trabajadores, los pequeños regresan a su parque inventado.

El olor a leña se mezcla con el de la humedad. El frío intenta colarse, pero el fuego de las ollas lo mantiene a raya mientras cocinan lo que será el desayuno de una familia numerosa. En la UPI, cada quien resuelve el día como puede: algunos tienen estufas y ollas; otros dependen de la madera y el fuego para cocinar.

Al lado de la olla, ennegrecida por el fuego, pasa Julia\* con su vestido verde, un collar de colores, el rostro marcado con pintura tradicional y unas chanclas rosadas que dejan ver sus pies por el frente. Viene de la mano de uno de sus hijos pequeños, quien intenta soltarse para unirse al juego de los niños detrás de él. Habla en lengua emberá con su hija mayor, que se tapa el rostro al vernos en el lugar, sonríe apenada y le murmura algo a su madre. Por sus palabras, Julia levanta la mirada, nos saluda en español y suelta la mano de su hijo, quien corre a abrazarnos como si nos conociéramos de toda la vida.

Julia tiene 30 años, es madre de cuatro niños y llegó a Bogotá hace tres años con sus hijos y su esposo huyendo de la violencia desde un municipio de Antioquia. Al conflicto que vive en su territorio lo llama “peleas”, pero cuando le preguntan, explica que, con el tiempo, la guerrilla ha tomado más fuerza donde vivían: los amenazan, los señalan y les piden sus tierras. El amor de una madre que protege a sus hijos de cualquier situación la obligó a tomar la decisión, junto a su esposo, de salir rumbo a una tierra completamente desconocida.

Como Julia, cientos de familias indígenas emberá se ven obligadas a desplazarse de sus territorios frente a la presencia de la guerrilla del ELN, el Clan del Golfo y las disidencias de las FARC. Según la Defensoría del Pueblo hay reportes de abuso sexual a niñas y mujeres de las comunidades, amenazas a los líderes y reclutamiento forzado a menores. Este último hecho ha llevado a jóvenes a recurrir al suicidio para evitar ser reclutados por los grupos armados, como lo reveló un informe del Alto Comisionado de Naciones Unidas. La Defensoría del Pueblo también confirmó esta situación.

A finales de noviembre del 2024 la entidad corroboró 3 suicidios de jóvenes emberá asociados a factores del conflicto armado, entre los jóvenes se encontraba una niña menor de edad de las comunidades de Villa Hermosa, Playita y Unión Baquiza, resguardo Opogadó-Doguadó del pueblo Emberá. El reclutamiento forzado es uno de los principales hechos victimizantes que viven las comunidades. Según el informe del Alto Comisionado de Naciones Unidas para el 2024 se registraron 216 casos de reclutamiento forzado, el 58% de las víctimas provienen de comunidades indígenas, lo que demuestra el impacto desproporcionado de este crimen.

El informe también muestra otra cruda realidad de las comunidades indígenas emberá: Los castigos físicos y torturas a jóvenes que intentan desvincularse de los grupos armados. El organismo documentó dos casos de jóvenes que fueron reclutados, torturados y asesinados. Además, las familias son amenazadas cuando intentan recuperar a los menores reclutados. Ante ese panorama, desplazarse a las ciudades se convierte en la opción más viable para las familias. Incluso, si eso implica dejar atrás costumbres, tradiciones y familia.



*“Me hace falta las costumbres, la comida. A veces me pongo triste porque extraño allá –el territorio. A veces me canso de estar en la Florida, pienso mucho en el dinero que hace falta”<sup>5</sup>,*

dice Julia en lengua emberá mientras Claudia nos traduce frase por frase.

<sup>5</sup> Julia se refiere al dinero que la mayor parte del tiempo no tienen para suplir las necesidades básicas de su familia.

Julia habla con palabras cortas, sonríe por momentos y con mayor frecuencia agacha la mirada intentando ocultar su rostro. A pesar de la sonrisa que intenta mostrar cuando habla, en su rostro hay señales de tristeza. En uno de los espacios de reflexión colectiva que tuvimos, dijo que la emoción que más siente últimamente es la tristeza, principalmente porque extraña a su familia y, en especial, a quienes han muerto y no podrá ver de nuevo: “A veces estoy bien, pero a veces me dan ganas de estar triste. De pensar en la casa”.

Aunque decidió callar los detalles de su tristeza, Julia comenta con frecuencia cómo, a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia, intenta mantenerse conectada con su comunidad. Su collar está lejos de ser solo un accesorio: la mariposa que resalta en el diseño central representa la sabiduría, las hojas verdes se relacionan con las plantas tradicionales y en sus muñecas porta las juapas. Para ella, no son solo parte de su cultura, sino también un símbolo de protección para vivir en la ciudad.

Julia tuvo que dejar atrás la libertad de caminar en medio de la naturaleza, la tranquilidad de comer lo que sembraba y la paz de no preocuparse a diario por el dinero. Ahora sobrevive en un lugar donde unas tablas hacen las veces de mesa para colocar la estufa y un par de ollas donde cocinan para todos; una cama donde ella, su esposo y sus hijos más pequeños se acomodan para dormir; un televisor para entretenerte junto a sus hijos, y una ventana con el vidrio roto por donde puede ver el exterior de la UPI.

*“Si rápido no nos vamos, nos tocará quedarnos”*, expresa Julia en lengua emberá.

Pero Julia nos dice que, pese a las dificultades, vive feliz. Puede pasar tiempo con sus hijos y todavía está en comunidad. Sobre todo, tiene la tranquilidad de no estar presente en las “peleas” de los grupos armados y de poder cuidar a sus hijos de la violencia desmedida que aún afecta sus territorios. Eso, sumado a que su esposo puede trabajar en Bogotá y sus

hijos van a la escuela, fueron razones suficientes para no aceptar el retorno propuesto por la Alcaldía el pasado 10 de septiembre, cuando más de 700 indígenas emberá de la UPI regresaron a sus lugares de origen.

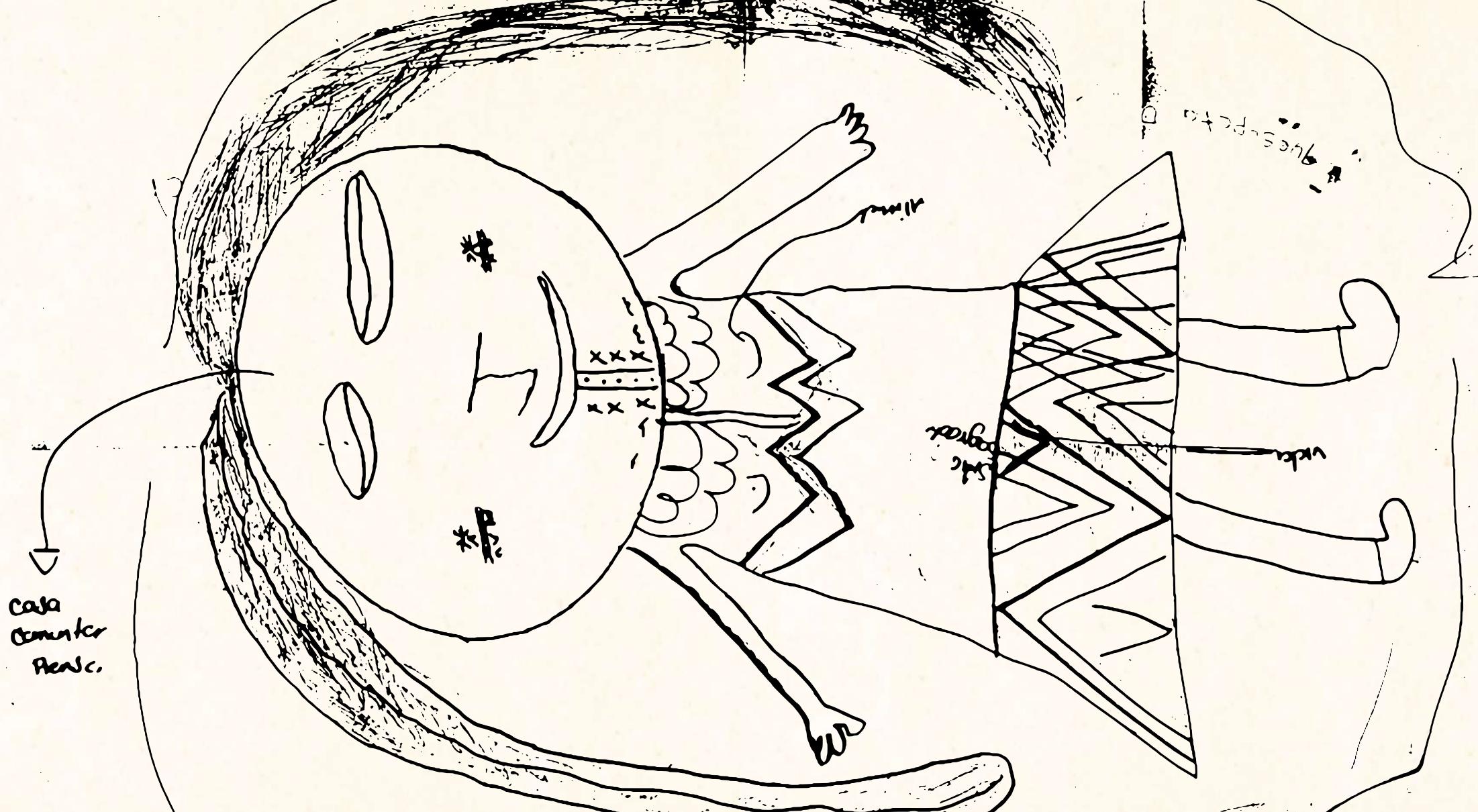
Una situación que duró poco, pues menos de un mes después varias familias estaban de regreso en la ciudad, asegurando que aún no existen garantías de seguridad para vivir en los territorios. Según la ONU, hay un aumento en el reclutamiento forzado de niñas y niños de tan solo diez años, así como en las amenazas contra la vida de líderes, lideresas y defensores de los derechos de las comunidades emberá. El peligro para sus vidas, y en especial para la de sus hijos e hijas, plantea una situación en la que ellas prefieren vivir en las condiciones actuales de la UPI.

“En el territorio no necesitamos dinero, en cambio, acá sí. Allá se come la comida libre, el plátano, el maíz. Acá está muy duro. Hay que trabajar en la calle y a veces no se encuentra el dinero. Y en la UPI hay muchas ratas, mucha basura”. Señala Julia.



“CUANDO LA VI, PENSEÉ EN  
HACER REVISAR TAMBIÉN,  
SENTÍ QUE HABÍA QUE  
LLEVARLE A LA PARTERA  
PARA QUE LE REVISARAN  
SI LO TENÍA”

“Múa jāu unusiide,  
múa bida ochiabi  
kūria booda,  
parteramaa  
ochiabide odoi  
kūrisiada bada,  
buu kuitaa”



“NO SOMOS COMO  
LOS HOMBRES  
PARA TRAER LAS  
COSAS DE LA  
CASA, DE UNA  
PROPIA. NOS TOCA  
AGUANTAR TODO”



Un salón cerrado con un candado fue el espacio dispuesto para conversar con las diez mujeres indígenas emberá katío durante los siguientes tres meses. Unas pocas sillas, una mesa grande y un tablero eran las únicas herramientas que ofrecía el lugar, usado normalmente para reuniones entre la comunidad y los funcionarios del Distrito.

Al espacio llegaron por primera vez las mujeres acompañadas de sus hijos: algunas los llevaban en una tela que acomodaban en la espalda para que los bebés reposaran; otras, con los niños y niñas tomados de la mano. Todas venían de realizar tareas de cuidado: unas lavaban ropa en baldes frente a sus casas para luego tenderla en cuerdas o, en su defecto, en el piso; otras solucionaban lo del desayuno para sus esposos e hijos.



Claudia nos recomendó realizar una serie de talleres de sensibilización previos para poder hablar con las mujeres, ya que ellas no están acostumbradas a responder a la tradicional entrevista periodística que solemos tener en el oficio. Sin embargo, antes nos advirtió que ninguna institución del Estado u organización civil había hablado con las mujeres sobre la ablación; ellas sabían lo que sus abuelas les habían enseñado.

Ana\* fue una de las mujeres que llegaron. Llevaba los labios pintados de rojo, el cabello lacio y largo recogido en una cola que dejaba ver su extensión; vestía un traje amarillo de flores típico con encajes rojos y azules, y en su rostro lucía algunas pinturas tradicionales. Desde que ingresó al espacio, la acompañaba una gran sonrisa, su hija de dos años en una de sus manos y un coche donde estaba su hijo mayor, que dormía profundamente.

Ana no sabe leer ni escribir y habla muy poco español, aunque entiende gran parte del idioma; se comunica solo con algunas palabras que intenta conjugar en frases compuestas. Ella no era la única en esta posición. Solo dos de las mujeres que llegaron sabían escribir, leer y conocían con certeza su edad; las demás solo podían firmar su nombre y, para confirmar cuántos años tenían, debían mostrar sus identificaciones..

Un par de semanas después de convivir con ellas, entendimos que no hablar español no era una decisión propia de las mujeres. La mayoría de los hombres les impiden aprender el idioma, lo que les dificulta relacionarse en la ciudad. Por eso, según una de las mujeres de la comunidad, los hombres hablan por ellas incluso en las citas médicas.

**“Los hombres dicen que las mujeres emberá no entendemos español”**

dice Ana en su lengua, mientras Claudia traduce, explicando la razón por la cual les impiden participar de espacios o en reuniones con personas.

No poder estudiar sería otro de los temas que surgieron como una de las prohibiciones impuestas a las mujeres de la comunidad. De acuerdo con algunas de las conversaciones, cuando eran niñas, a la mayoría sus padres les impidieron ir al colegio, mientras que a sus hermanos sí les permitían asistir. Una vez crecieron y llegaron desplazadas a Bogotá, estudiar pasó a un segundo plano, pues ahora debían cuidar de los hijos, las hijas y los esposos: “Las mujeres también tenemos derecho a estudiar. Cuando yo era niña no me mandaron a estudiar y me pongo a pensar en eso. No somos como los hombres para traer las cosas de compras, para traer las cosas de una propia, nos toca aguantar todo. Yo quería estudiar, al menos para aprender a leer cartas”, asegura Ana.

Ella contaba que, cuando vivía en el territorio, en ocasiones dejaban ir a estudiar a las niñas, pero algunas no volvían y, por eso, ya no dejaban ir a ninguna. La situación, algo confusa, fue aclarada por otra mujer de la comunidad que hablaba español. Nos explicó que, durante mucho tiempo, la guerrilla reclutaba a las niñas en el recorrido hacia las



escuelas; muchas eran abusadas sexualmente, quedaban embarazadas y las regresaban a la comunidad, donde tenían que asumir en solitario el cuidado de su hijo o hija.

“Pero las mujeres también tenemos derecho, porque cuidamos a los hombres y también cuidamos a los hijos”, asegura Ana, mientras amamanta a su hija pequeña y acaricia a su hijo mayor en el coche.

**“Pero las mujeres también tenemos derecho, porque cuidamos a los hombres y también cuidamos a los hijos”**

asegura Ana, mientras amamanta a su hija pequeña y acaricia a su hijo mayor en el coche.

El niño, de 4 años, lucía decaído, sus pupilas estaban dilatadas y ardía en fiebre. Ana nos contó que llevaba un par de días así y que estaba preocupada porque no

habían podido llevarlo al hospital por la lluvia y la dificultad para salir desde la UPI. Semanas después de encontrarnos de nuevo, nos diría que desde ese día su hijo estuvo hospitalizado por neumonía, una situación común debido a las muy precarias condiciones de salubridad del espacio.

En una conversación posterior, Claudia nos comentaría que el esposo de Ana era uno de los pocos hombres de la comunidad que participaba activamente en las labores del cuidado de sus hijos, era respetuoso con Ana y jamás le había pegado. Esto no es un tema menor, pues varias de las mujeres manifestaron vivir o haber experimentado violencia por parte de su pareja. Sin embargo, la situación especial de Ana era la excepción a un contexto dominado por los hombres. “Pocas mujeres aquí en la ciudad hablan (el español) porque los hombres no le dejan hablar, porque los líderes no le permiten hablar. Si yo hablo, créanme que me he ganado muchos problemas con líderes y han pasado sobre mí por eso”, expresa Claudia en uno de los encuentros.

Habla con determinación y rabia que se hacen evidentes en el movimiento de sus manos y la expresión de sus ojos.

Semanas antes de este encuentro, un líder de la comunidad (del que reservaremos su nombre por protección y solicitud de Claudia) se convirtió en un obstáculo para el desarrollo del proyecto que hasta la fecha venía contando con la participación activa y autónoma de las mujeres. El líder aseguró que las mujeres no podían hablar si él no lo había permitido, pues, de acuerdo con sus órdenes, Claudia no era una lideresa reconocida por la comunidad y la única persona que podía autorizar el ingreso de cualquier entidad, medio u organización, era él.

Su posición fue un reflejo de lo que durante semanas enteras las mujeres habían conversado con nosotras: relaciones de poder marcadas, prohibiciones contrarias a los derechos como mujeres indígenas y, por último, pero no menos importante, un control sobre sus cuerpos que marcaban escenarios donde se permitía la ablación.

Al final, debido a su presión y relevancia en la comunidad, el esposo de una de las mujeres le prohibió continuar participando del proceso. Fue una situación dolorosa, porque ella se había convertido en una voz activa durante los talleres. Aunque al inicio se mostró reacia a hablar u opinar, con el tiempo fue recibiendo la información de manera más receptiva y dejándose una de las conclusiones más impactantes del proceso:

**“Yo tengo derecho a ser feliz”**  
**“Yo tengo derecho a ser feliz”**, fue lo que nos dijo una de las asistentes durante una de las sesiones de diálogo. Ella, que en principio sólo observaba, se había convertido, poco a poco, en una participante activa de las sesiones. Sin embargo, por las presiones del líder, el marido de ella le prohibió tácitamente regresar.

**“Las mujeres tenemos derecho a opinar, tenemos derecho a hablar, tenemos derecho a alzar voz y el hombre porque no le permiten a las mujeres emberas indígenas en Bogotá”, expresa Claudia.**



“HAY QUE TRABAJAR CON LAS MUJERES INDÍGENAS, CON LAS PARTERAS, TRABAJAR CON LOS MÉDICOS OCCIDENTALES Y TAMBIÉN LAS ANCESTRALES”

“Jāu trajai baraa ēbēra wērarā baara, parterā baara, doctorna baara maude jaibanarā baara bida”

“NO SABRÍA  
DECIRLE PARA  
QUE SIRVE,  
PORQUE DESDE  
QUE NACÍ ME LO  
CORTARON”



María\* acomoda su vestido rojo, arrugado por el viento de la tarde, mientras varios bebés en pañales juegan a nuestro alrededor. La frase, aunque la dice en su lengua, la expresa con naturalidad: no se siente rabia, ni dolor, solo la certeza heredada de no reconocer que algo falta.

Hasta hace un par de meses jamás había escuchado nombrar el clítoris en español. En su comunidad le dicen chisufita y lo que sabía de él eran relatos que su abuela le contó a su madre; ella le dijo a María y María le dirá a sus hijas.

Aunque en su cuerpo, según lo que relata, la ausencia no duele, las razones para mantener viva la práctica sí reflejan en ella cierto recelo.

“A las niñas que no se lo cortan —el clítoris— se sienten mal en la comunidad. Los hombres las rechazan”, dice esta vez en un español que ha ido aprendiendo durante la década que lleva viviendo en Bogotá. En su voz la emoción cambia: ya no hay calma, sino que en se asoma un atisbo de rabia y dolor.

Puede que las razones estén en que, luego de que su exesposo la abandonara, ha tenido que criar sola (sin trabajo, educación y en una ciudad que, a pesar de los años, aún le resulta ajena) a sus cinco hijos. Puede, también, que las razones tengan que ver con que su esposo, antes de dejarla, la maltrataba cada vez que llegaba borracho o cuando ella le reclamaba por haberlo visto con otra mujer.

O quizás le duelan los señalamientos de las personas de su comunidad y de su familia, que desde hace años le recuerdan que “necesita conseguir marido”. Acusaciones que llegan por haber priorizado su tranquilidad antes que la relación con él.

Lo cierto es que el clítoris, para ella, es una ausencia que se pinta de desconocida. No lo considera importante, pues nunca lo tuvo, y lo que conoce sobre él es solo lo que ha escuchado decir a otras mujeres: “Es malo tenerlo, porque las mujeres quedan como hombres” dice esta vez en su lengua. Su comentario lo secundan más mujeres que se animan a participar en la conversación.



**"Quedan arrechas, les gusta tener mucho sexo", "Si tiene clítoris, la mujer se mueve mucho, es inquieta", "Los hombres abandonan a las mujeres por tener clítoris. Porque cuando va a tener relaciones, eso se choca con los hombres y no los deja tener el sexo. Dicen que como hombre, se le para".**

Las respuestas son dadas por Julia, María y Martha, respectivamente, en su lengua, quienes reafirman las razones que han escuchado para que a las niñas —principalmente bebés recién nacidas— les realicen la ablación, curación o “corte de callo”, como suelen llamarla en la comunidad emberá.

Para Leandra Becerra, de la organización Equality Now, estas respuestas hacen parte de las creencias o mitos fundacionales sobre el cuerpo de la mujer que sostienen la ablación en las comunidades. “Hemos encontrado en diálogo con las mujeres, que hace parte de una idea de control sobre el cuerpo y la sexualidad de ellas”, explica.

Confirma, además, la idea de rechazo social de la que hablaba María y que otras mujeres también repetirían con frecuencia en las conversaciones con ellas: “Quienes no son sometidas a la mutilación genital femenina podrían tener dificultades para encontrar pareja”, asegura.

Lo que debía ser una conversación grupal se convirtió en una charla íntima entre amigas: murmuraban entre ellas, reían pícaramente y se sonrojaban en ocasiones, disimulando con las manos o con las toallas que llevaban sobre las piernas para mitigar el frío que se sentía en el lugar.

**“A los hombres solo les cortan el ombligo”**, dice María, en español y en su lengua, provocando un silencio que se expande entre todas las mujeres. La frase no podía pasar desapercibida; cargaba el peso de la desigualdad que sienten las mujeres frente a una práctica cuya mayoría no recuerda, pero de la cual sí han enfrentado las consecuencias.

“Las niñas se enferman mucho, sangran mucho, lloran mucho”, expresa Julia con un toque de tristeza. Relata que ha visto cómo le hacen la práctica a muchas bebés, con clavos principalmente, aunque algunas, como a sus hijas, lo hicieron con cuchilla. “Lo tratan con hierbas, con oakáá<sup>7</sup>, cuando le echan el remedio ya no lloran” añade.

<sup>7</sup> Es una planta tradicional emberá que según el relato de las mujeres utilizan para cuidar las heridas de la ablación, aunque también suelen usarla para los cólicos menstruales. En el ejercicio de traducción, no se encontró cual era la traducción de la planta en español.





“PARA MI ES INJUSTO,  
A MI ME GUSTARÍA  
TENER ESO PORQUE POR  
ALGO MANDÓ DIOS, NO  
ES PARA QUITAR”

“Mu baita bi’iwēa  
bua, Diosba ara  
jāka wauda bērā,  
jāra ēebarii baita  
buuwēe”.

# CONSECUENCIAS A LA SALUD DE LA ABLACIÓN



**Jenny Lozano, profesora de la Universidad del Bosque, enfermera y magíster en género, explica que, a pesar de los tratamientos que las comunidades puedan realizar después de la ablación, persisten consecuencias directas para la salud: infecciones generalizadas por el tipo de material utilizado, traumas derivados de la ausencia de anestesia y, en algunos casos, septicemia, una infección que puede generalizarse y llevar a la muerte de la niña. Además, cuando la ablación se realiza con cuchillos o tijeras, es muy probable que se produzcan hemorragias que pongan en riesgo la vida de las menores, principalmente porque el clítoris tiene terminaciones nerviosas que se encuentran muy "inervadas".**

Para Lozano, es necesario entender que la ablación implica una vulneración directa a los derechos sexuales y reproductivos. A tener una sexualidad completa y sentir placer: "Además, se generan traumas emocionales, así ocurran al primer mes de vida. En ocasiones las infecciones se pueden tratar, pero las secuelas que quedan en la salud sexual son complejas. Es un trauma sexual. Muchas personas muy probablemente pueden no querer tener relaciones sexuales porque es una parte que ya fue vulnerada", asegura.



Jenny Lozano, ichi profesora nii chi Universidad del Bosquedebenade, maubapeda ichi enfermera nii maude magíster género debenade, ichia kauwa jara buu bariara chi druaräde ʉrrmidia ase panumina, wērarā kakua kachirua bee bua. Infeccion dea buu nejoma bee kakuade tusidauba, anestesia kubudawēebasiiba āchi kachirua senti panua. Besesde septicia abadau dea bua, nau infeccionbʉ chi wērakaurā kakuade deai maabea beatai bua. Chi wērakaucheke kakua tōobudaude tijeraba maeburā nekochekeba, naarāba oamia deapeda wērakaucheke beai bua, mau kē puntade nervio āriā baraa buudeeba.

Lozanoba jara buudeeba, importante āriā buu nau ūrubena kawai wēra kakua tōobudau jāuba unubi bua wērarā derecho respetadawē, āchi mukīra ome kāi boapeda maude wāwā kiriai baita. Āchi mukīra ome kālburuude derecho bara buu bī'ia sentii baita. Ichia nau sida jara buu: "Nauba āchi kūrisia bī'ia wēe nurepadé wābi bua, bariara mes abā buude asepedaada sida. Infección besde curabudau sida, chi wērarā kakua tōoruudeeba, bī'ia kūrisia duaneedakaa mukīra ome kāi noboode wāi baita. Aribiaurā bī'ia sentidawēe mukīrarā ome kāi boi baita" a jara buu.

**Según la Organización Nacional Indígena de Colombia -ONIC- 2 de cada 3 niñas emberá han sido víctimas de la ablación**



**De acuerdo con Equality Now, la ablación en Colombia suele realizarse en niñas desde los 0 hasta los 5 años; sin embargo, también se han reportado casos en el rango de edad de los 6 a los 11 años.**

Chi Organización Nacional Indígena de Colombia -ONIC- jäuba jara buu 3 ēberä wērakaucherädebena, 2 ächi kakua töobadaa.

Equality Nowba jara buudeeba, Colombiade chi wērakauchekera kakua töobadaa 0 año aba 5 añodaa; makamina, besde jäka asebadaa 6 maude 11 añodaa.

Las conversaciones de las mujeres volvieron al terreno de la complicidad entre amigas. Sus risas aún más picaras, murmuraban entre ellas compartiendo un secreto y el lugar se convirtió en un escenario de confianza e intimidad entre mujeres. A pesar de que estábamos presentes, no éramos parte de la conversación entre ellas. El espacio les pertenecía, en su lengua y los gestos que compartían alrededor del salón.

“Ella dice que sí semueve”, expresa Claudia manteniendo la picardía que compartían hace un par de minutos. No comprendíamos por completo el comentario, hasta que las mujeres comenzaron a asentir con la cabeza al unísono, sonriendo y regresando a la conversación entre ellas.

Sebastiana Pepe, nos lo explicaría después:

*“Como paisas no hacen eso, pues ellos conocieron allá afuera eso -el sexo-. Entonces después venían en los días de borrachera y decían: ‘Mujeres indígenas, cuando van a hacer sexo, se ponen como quietitas, que no se mueven’. Decían muchas vulgaridades a las mujeres, muchas vulgaridades”.*

Cada mujer que participó en este espacio durante estos últimos meses tiene una historia de vida que las páginas no alcanzan a contener. Están lejos de ser mujeres calladas; tienen una voz propia que resuena con fuerza en cada espacio que habitan y un amor profundo por sus familias que se refleja en cada uno de sus actos.

Ellas son apenas un reflejo de los cientos de mujeres indígenas emberá que habitan la ciudad, llevando consigo la historia y el cuidado de su familia.

Frente a un ciclo de violencias que persiste y que aún limita la escucha de sus voces, el camino que abren estas lideresas se vuelve aún más valioso: están dejando huellas que guiarán a las futuras generaciones y fortaleciendo un legado que seguirá creciendo.

El trabajo de Sebastiana y Claudia ha permitido que las mujeres que participaron por primera vez en este proceso comiencen a cuestionar la práctica de la ablación y, en medio de normas sociales y roles de género profundamente arraigados, deseen proteger primero la vida de las niñas, evitando que esta práctica se perpetúe.

Y es para cada una de las niñas, adolescentes y mujeres emberá que viven en Bogotá: para que puedan crecer y vivir una vida libre, lejos de la indiferencia, y sin ninguna forma de violencia sobre sus cuerpos ni sus vidas.

Este es el futuro que estas lideresas construyen con cada acción, con cada palabra, y con cada espacio que se atreven a abrir.

Wērarā abaabaa nau kaade mesde āchia āchi ūrubena jarasidaa, mau daiba joma poyaa būdaabai buu. Āchirāra chūpea paneedaai, āchirā duanuumare, bedea jīwa panua, āchia chi kūria dedabenarā mauba unubi kopanua āchia ase kopanu.

Naarā wērarā chi puurude duanuu āriā unubi panua āchia ara āchi ūrubena jaradapeda maabea ara chi dedabenamaa jara duanua. Bariara ne kachirua ase duanumina wērarámaa, mauba āchi bedeaduu ūri kūriadawēe sida, naarā lideresaba o aride buu ewa panua bi'ia jaradea panua wērará kaade warimaa duanuu baita.

Sebastiana Claudia omeeba ase panuu, jāuba chi wērarā nau proyectode duanasii jāuba chi waabenarāmaa wērakaurā kakua tōo panuudebena bi'wēa buu unubi panuu. Bariara āchi duanuumare chi mukírarāburu manda duanumina, wērakauchererā kareba kūria panuu maude jāu jāka ase panuu waaburu asebidaamaaba.

Wērakaucheke abaabaa, awērarā, ēbēra wērarā Bogotadé duanuurā maarā waridapeda maude bi'ia duanayaa, āchi kakuamaa kachirua asedawēa maude kinibidaamaaba. Chi lideresarāba jāka duanadayaayaa bereka panua jaradapeda, asebudauba araa wābudauba waabenarāmaa kawabiadayaayaa chi kachirua pasa kubuudebena.







Durante estas páginas, ustedes, lectores, pudieron explorar relatos de mujeres indígenas emberá katío que narran sus experiencias con la ablación o Mutilación Genital Femenina (MGF).

Cada escena, por dolorosa que sea, fue necesaria para comprender y erradicar esta práctica en Colombia.

Reiteramos que esta práctica debe ser erradicada del país, es una grave violación a los derechos humanos de las niñas y mujeres y una expresión de la violencia de género. Se realiza por normas sociales, culturales y religiosas que tienen como fin último el control del cuerpo de las mujeres, de su sexualidad y la reconstrucción del mismo para el placer masculino. Es una expresión de una cultura patriarcal que se sustenta en la desigualdad y la discriminación.

Nos unimos al llamado de las lideresas: La Ablación no es cultura